

LA TRIBUNA

I

BARQUILLOS

COMENZABA á amanecer, pero las primeras y vagas luces del alba á duras penas lograban colarse por las tortuosas curvas de la calle de los Castros, cuando el señor Rosendo, el barquillero que disfrutaba de más parroquia y popularidad en Marineda, se asomó, abriéndose á bostezos, á la puerta de su mezquino cuarto bajo. Vestía el madrugador un desteñido pantalón grancé, reliquia bélica, y estaba en mangas de camisa. Miró al poco cielo que blanqueaba por entre los tejados, y se volvió á su cocinilla, encendiendo un candil y colgándolo del estribadero de la chimenea. Trajo del portal un brazado de astillas de pino, y sobre la piedra del fogón las dispuso artísticamente en pirámide, cebada por su base con virutas, á fin de conseguir una hoguera intensa y llameante. Tomó del vasar un tarterón, en el cual vació cucuruchos de harina y azúcar, derramó agua,

casó huevos y espolvoreó canela. Terminadas estas operaciones preliminares, estremeciése de frío—porque la puerta había quedado de par en par, sin que en cerrarla pensase—y descargó en el tabique dos formidables puñadas.

Al punto salió rápidamente del dormitorio ó cuchitril contiguo una mozuela de hasta trece años, desgreñada, con el incierto andar de quien acaba de despertarse bruscamente, sin más atavíos que una enagua de lienzo y un justillo de dril, que adhería á su busto, anguloso aún, la camisa de estopa. Ni miró la muchacha al señor Rosendo, ni le dió los buenos días; atontada con el sueño y herida por el fresco matinal que le mordía la epidermis, fué á dejarse caer en una silleta, y mientras el barquillero encendía estrepitosamente fósforos y los aplicaba á las virutas, la chiquilla se puso á frotar con una piel de gamuza el enorme cañuto de hoja de lata donde se almacenaban los barquillos.

Instalóse el señor Rosendo en su alto trípode de madera, ante la llama chisporroteadora y crepitante ya, y metiendo en el fuego las magnas tenazas, dió principio á la operación. Tenía á su derecha el barreño del amohado, en el cual mojaba el cargador, especie de palillo grueso; y extendiendo una leve capa de líquido sobre la cara interior de los candentes hierros, apresurábase á envolverla en el molde con su dedo pulgar, que á fuerza de repetir este acto se había convertido en una callosidad tostada, sin uña, sin yema y sin forma casi. Los barquillos,

dorados y tibios, caían en el regazo de la muchacha, que los iba introduciendo unos en otros á guisa de tubos de catalejo, y colocándolos simétricamente en el fondo del cañuto; labor que se ejecutaba en silencio, sin que se oyese más rumor que el crujir de la leña, el rítmico chirrido de las tenazas al abrir y cerrar sus fauces de hierro, el seco choque de los crocantes barquillos al tropezarse, y el silbo del amohado al evaporar su humedad sobre la ardiente placa. La luz del candil y los reflejos de la lumbré arrancaban destellos á la hoja de lata limpia, al barro vidriado de las cazuelas del vasar, y la temperatura se suavizaba, se elevaba, hasta el extremo de que el señor Rosendo se quitase la gorra con visera de hule, descubriendo la calva sudorosa, y la niña echase atrás, con el dorso de la mano, sus indómitas guedejas, que la sofocaban.

Entre tanto el sol, campante ya en los cielos, se empeñaba en cernir alguna claridad al través de los vidrios verdosos y puercos del ventanillo que tenía obligación de alumbrar la cocina. Sacudía el sueño la calle de los Castros, y mujeres en trenza y en cabello, cuando no en refajo y chancletas, pasaban apresuradas, cuál en busca de agua, cuál á comprar provisiones á los vecinos mercados; oíanse llantos de chiquillos, ladridos de perros; una gallina cloqueó; el canario de la barbería de enfrente redobló trinando como un loco. De tiempo en tiempo la niña del barquillero lanzaba codiciosas ojeadas á la calle. ¡Cuándo sería Dios servido de dis-

poner que ella abandonase la dura silla, y pudiese asomarse á la puerta, que no es mucho pedir! Pronto darían las nueve, y de los seis mil barquillos que admitía la caja sólo estaban hechos cuatro mil y pico. Y la muchacha se desesperó maquinalmente. Es que desde algunos meses acá bien poco le lucía el trabajo á su padre. Antes despachaba más.

El que viese aquellos cañutos dorados, ligeros y deleznales como las ilusiones de la niñez, no podía figurarse el trabajo ímprobo que representaba su elaboración. Mejor sería manejar la azada ó el pico, que abrir y cerrar sin trepa las tenazas abrasadoras, que además de quemar los dedos, la mano y el brazo, cansaban dolorosamente los músculos del hombro y del cuello. La mirada, siempre fija en la llama, se fatigaba; la vista disminuía; el espinazo, encorvado de continuo, llevaba, á puros esguinces, la cuenta de los barquillos que salían del molde. ¡Y ningún día de descanso! No pueden los barquillos hacerse de vispera; si han de gustar á la gente menuda y golosa, conviene que sean fresquitos. Un nada de humedad los reblandece. Es preciso pasarse la mañana, y á veces la noche, en fabricarlos, la tarde en vocearlos y venderlos. En verano, si la estación es buena y se despacha mucho y se saca pingüe jornal, también hay que estarse las horas caniculares, las horas perezosas, derriñendo el alma sobre aquel fuego, sudando el quilo, preparando provisión doble de barquillos para la venta pública y para los cafés. Y

no era que el señor Rosendo estuviese mal con su oficio; nada de eso; artistas habría orgullosos de su destreza, pero tanto como él, ninguno. Por más que los años le iban venciendo, aún se jactaba de llenar en menos tiempo que nadie el tubo de hoja de lata. No ignoraba primor alguno de los concernientes á su profesión; barquillos anchos y finos como seda para rellenar de huevos hilados, barquillos recios y estrechos para el agua de limón y el sorbete, hostias para las confiterías,—y no las hacía para las iglesias por falta de molde que tuviese una cruz,—flores, hojuelas y *orejas de fraile* en Carnaval, buñuelos en todo tiempo... Pero nunca lo tenía de lucir estas habilidades accesorias, porque los barquillos de diario eran absorbentes. ¡Bah! En consiguiendo vivir y mantener la familia...

A las nueve muy largas, cuando cerca de cinco mil barquillos reposaban en el tubo, todavía el padre y la hija no habían cruzado palabra. Montones de brasa y ceniza rodeaban la hoguera, renovada dos ó tres veces. La niña suspiraba de calor, el viejo sacudía frecuentemente la mano derecha, medio asada ya. Por fin, la muchacha profirió:

—Tengo hambre.

Volvió el padre la cabeza, y con expresivo arqueamiento de cejas indicó un anaquel del vasar. Encaramóse la chiquilla, trepando sobre la artesa, y bajó un mediano trozo de pan de mixtura, en el cual hincó el diente con buen ánimo. Aún rebuscaba en su falda las migajas

sobrantes para aprovecharlas, cuando se oyeron crujidos de catre, carraspeos, los ruidos característicos del despertar de una persona, y una voz entre quejumbrosa y despótica llamó desde la alcoba cercana al portal:

—¡Amparo!

Se levantó la niña y acudió al llamamiento, resonando de allí á poco rato su hablar.

—Afiáncese, señora... así... cárguese más... aguarde, que le voy á batir ese jergón...—Y aquí se escuchó una gran sinfonía de hojas de maíz, un *sirrisssch*... prolongado y armonioso.

La voz mandona dijo opacamente algo, y la infantil contestó:

—Ya la voy á poner á la lumbre ahora mismo... ¿Tendrá por ahí el azúcar?

Y respondiendo á una interpelación altamente ofensiva para su dignidad, gritó la chiquilla:

—Piensa que... ¡Aunque fuera oro puro! Lo escondería V. misma... Ahí está, detrás de la funda... ¿lo ve?

Salió con una escudilla desportillada en la mano, llena de morena melaza, y arrimando al fuego un pucherito donde estaba ya la cascari-lla, le añadió en debidas proporciones azúcar y leche, y volvióse al cuarto del portal con una taza humeante y colmada á reverter. En el fondo del cacharro quedaba como cosa de otra taza. El barquillero se enderezó, llevándose las manos á la región lumbar, y sobriamente, sin concupiscencia, se desayunó bebiendo las sobras por el puchero mismo. Enjugó después su frente, regada de sudor, con la manga de la ca-

misa, entró á su vez en el cuarto próximo, y al volver á presentarse, vestido con pantalón y chaqueta de paño pardo, se terció á las espaldas la caja de hoja de lata y se echó á la calle. Amparo, cubriendo la brasa con ceniza, junta-ba en una cazuela berzas, patatas, una corteza de tocino, un hueso rancio de cerdo,—cumpliendo el deber de preparar el caldo del humilde menaje. Así que todo estuvo arreglado, metióse en el cuchiril, donde consagró á su aliño personal seis minutos y medio, repartidos como sigue: un minuto para calzarse los zapatos de becerro, pues todavía estaba descalza; dos para echarse un refajo de bayeta y un vestido de tartán; un minuto para pasarse la punta de un paño húmedo por ojos y boca (más allá no alcanzó el aseo); dos minutos para escardar con un peine desdentado la revuelta y rizosa crencha, y medio para tocarse al cuello un pañolito de indiana. Hecho lo cual, se presentó, más oronda que una princesa, á la persona encamada á quien había llevado el desayuno. Era esta una mujer de edad madura, agujereada como una espumadera por las viruelas, chata de frente, de ojos chicos. Viendo á la chiquilla vestida, se escandalizó: ¿á dónde iría ahora semejante vagabunda?

—A misa, señora, que es domingo... ¿Qué volver con noche ni con noche? Siempre vine con día, siempre... ¡Una vez de cada mil! Queda el caldo preparadito al fuego... Vaya, abur.

Y se lanzó á la calle con la impetuosidad y brío de un cohete bien disparado.

TRES años antes, la imposibilitada estaba sana y robusta y ganaba su vida en la Fábrica de Tabacos. Una noche de invierno fué á jabonar ropa blanca al lavadero público, sudó, volvió desabrigada y despertó tullida de las caderas.

—Un aire, señor—decía ella al médico.

Quedóse reducida la familia á lo que trabajase el señor Rosendo: el real diario que del *fondo de Hermandad* de la Fábrica recibía la enferma, no llegaba á medio diente. Y la chiquilla crecía, y comía pan y rompía zapatos, y no había quien la sujetase á coser ni á otro género de tareas. Mientras su padre no se marchaba, el miedo á un pasagonzalo sacudido con el cargador la tenía quieta ensartando y colocando barquillos; pero apenas el viejo se terciaba la correa del tubo, sentía Amparo en las piernas un hormiguelo, un bullir de la sangre, una impaciencia como si le naciesen alas á miles en los talones. La calle era su paraíso. El gentío la enamoraba; los codazos y empujones la halagaban cual si fuesen caricias; la música militar

penetraba en todo su ser, produciéndola escalofríos de entusiasmo. Pasábase horas y horas correteando sin objeto al través de la ciudad, y volvía á casa con los piés descalzos y manchados de lodo, la saya en jirones, hecha una sopa, mocosa, despeinada, perdida, y rebosando dicha y salud por todos los poros de su cuerpo. A fuerza de filípicas maternas corría una escoba por el piso, salaba el caldo, traía una herrada de agua; en seguida, con rapidez de ave, se evadía de la jaula y tornaba á su libre vagancia por calles y callejones.

De estos instintos nómadas tendría bastante culpa la vida que forzosamente hizo la chiquilla mientras su madre asistió á la Fábrica. Sola en casa con su padre, apenas éste salía, ella le imitaba, por no quedarse metida entre cuatro paredes: ¡vaya! y que no eran tan alegres para que nadie se embelesase mirándolas. La cocina, oscura y angosta, parecía una espelunca, y encima del fogón relucían siniestramente las últimas brasas de la moribunda hoguera. En el patín, si es verdad que se veía claro, no consolaba mucho los ojos el aspecto de un montón de cal y residuos de albañilería, mezclados con cascotes de loza, tarteras rotas, un molinillo inservible, dos ó tres guñapos viejos y un innoble zapato que se reía á carcajadas. Casi más lastimoso era el espectáculo de la alcoba matrimonial: la cama en desórden, porque la salida precipitada á la Fábrica no permitía hacerla, los cobertores color de hospital, que no bastaba á encubrir una colcha rabicor-

ta; la vela de sebo, goteando tristemente á lo largo de la palmatoria de latón veteadada de cardenillo; la palangana puesta en una silla y henchida de agua jabonosa y grasienta; en resumen, la historia de la pobreza y de la incuria narrada en prosa por una multitud de objetos feos; historia que la chiquilla comprendía intuitivamente, pues hay quien sin haber nacido entre sábanas y holandas, presume y adivina las comodidades y deleites que jamás gozó. Así es que Amparo huía, huía de sus lares camino de la Fábrica, llevando á su madre, en una flambrera, el bazuqueante caldo; pero, soltando á lo mejor la carga, poníase á jugar al corro, á *San Severín*, á la viudita, á cualquier cosa, con las damiselas de su edad y pelaje.

Cuando la madre se vió encamada quiso imponer á la hija el trabajo sedentario; era tarde. El rústico arbusto ya no se sujetaba al espaller. Amparo había ido á la escuela en sus primeros años, años de relativa prosperidad para la familia, sucediéndole lo que á la mayor parte de las niñas pobres, que al poco tiempo se cansan sus padres de enviarlas y ellas de asistir, y se quedan sin más aprendizaje que la lectura cuando son listas, y unos rudimentos de escritura. De aguja, apenas sabía nada Amparo. La madre se resignó con la esperanza de colocarla en la Fábrica.—“Que trabaje—decía—como yo trabajé.”—Y al murmurar esta sentencia, suspiraba recordando treinta años de incesante afán. Ahora su carne y sus molidos huesos se tendían gustosamente en la cama, donde repo-

saba tumbada panza arriba, ínterin sudaban otros para mantenerla. ¡Que sudasen! Dominada por el terrible egoísmo que suele atacar á los viejos cuya mocedad fué laboriosa, la impedida hizo del lecho de dolor quinta de recreo. Lo que es allí ya podían venir penas; lo que es allí, á buen seguro que la molestasen el calor ni el frío. ¿Que era preciso lavar la ropa? Bueno; ella no tenía que levantarse á jabonarla; le había costado bien caro una vez. ¿Que estaba sucio el piso? Ya lo barrerían, y si no, por ella, aunque en todo el año no se barriese... ¿De qué le había servido tanto romper el cuerpo cuando era joven? De verse ahora tullida.—“¡Ay, no se sabe lo que es la salud hasta después de que se pierde!”—exclamaba sentenciosamente, sobre todo los días en que el dolor artrítico le atarazaba las junturas. Otras veces, jactanciosa como todo inválido, decía á su hija:—“Sácateme de delante, que irrita el verte; de tu edad era yo una loba que daba en un cuarto de hora vuelta á una casa.”

Sólo echaba de menos la animación de su Fábrica: las compañeras. A bien que las vecinas de la calle solían acercarse á ofrecerle un rato de palique; una sobre todo, Pepa la comadrona, por mal nombre señora *Porreta*. Era ésta mujer colosal, más á lo ancho que á lo alto; parecíase á tosca estatua labrada para ser vista de lejos. Su cara enorme, circuida por colgante papada, tenía palidez serosa. Calzaba zapatillas de hombre y usaba una sortija, de tamaño varonil también, en el dedo meñique.

Acercábase á la cama de la impedida, sometía las ropas, abofeteaba la almohada para que “quedase á gusto,”; y después se sentaba apoyando fuertemente ambas manos en los muslos, á fin de sostener la mole del vientre, y con voz sorda y apagada empezaba á referir chismes del barrio, escabrosos pormenores de su profesión, ó las maravillosas curas que pueden obtenerse con un cocimiento de ruda, huevo y aceite, con la hoja de la malva bien machacada, con romero hervido en vino, con unturas de enjundia de gallina. Susurraban los maldicientes que entre parleta y parleta solía la matrona entreabrir el pañuelo que la cubría los hombros y sacar una botellica, que fácilmente se ocultaba en cualquier rincón de su corpiño gigantesco; y ya corroboraba con un trago de anís el exhausto gatzate, ya ofrecía la botella á su interlocutora “para ir pasando las penas de este mundo.” A oídos del señor Rosendo llegó un día esta especie, y se alarmó, porque mientras estuvo en la Fábrica su mujer, no bebía nunca más que agua pura; pero por mucho que entró impensadamente algunas tardes, no cogió *infraganti* á las delinquentes. Sólo vió que estaban muy amigotas y compinches. Para la ex-cigarrera valía un Perú la comadrona; al menos esa hablaba, porque lo que es su marido... Cuando éste regresaba de la diaria correría por paseos y sitios públicos y bajando el hombro soltaba con estrépito el tubo en la esquina de la habitación, el diálogo del matrimonio era siempre el mismo:

—¿Qué tal? —preguntaba la tullida.

Y el señor Rosendo pronunciaba una de estas tres frases:

—Menos mal. — Un regular. — Condenadamente.

Aludía á la venta, y jamás se dió caso de que agregase género alguno de amplificación ó escolio á sus oraciones clásicas. Poseía el inquebrantable laconismo popular, que vence al dolor, al hambre, á la muerte y hasta á la dicha. Soldado reenganchado, uncido en sus mejores años al férreo yugo de la disciplina militar, se convenció de la ociosidad de la palabra y necesidad del silencio. Calló primero por obediencia, luego por fatalismo, después por costumbre. En silencio elaboraba los barquillos, en silencio los vendía, y casi puede decirse que los voceaba en silencio, pues nada tenía de análogo á la afectuosa comunicación que establece el lenguaje entre seres racionales y humanos, aquel grito gutural en que, tal vez para ahorrar un fragmento de palabra, el viejo suprimía la última sílaba, reemplazándola por doliente prolongación de la vocal penúltima:

— Barquilleeeeé...

III

PUEBLO DE SU NACIMIENTO

A sentar el pié en la calle, Amparo respiró anchamente. El sol, llegado al zenit, lo alegraba todo. En los umbrales de las puertas, los gatos, acurrucados, presentaban el lomo al benéfico calorcillo, guiñando sus pupilas de tigre y roncando de gusto. Las gallinas iban y venían escarbando. La bacía del barbero, colgada sobre la muestra y rodeada de una sarta de muelas rancias ya, brillaba como plata. Reinaba la soledad: los vecinos se habían ido á misa ó de bureo, y media docena de párvulos, confiados al Angel de la Guarda, se solazaban entre el polvo y las inmundicias del arroyo, con la chola descubierta y expuestos á un tabardillo. Amparo se arrimó á una de las ventanas bajas, y tocó en los cristales con el puño cerrado. Abriéronse las vidrieras, y se vió la cara de una muchacha pelinegra y descolorida, que tenía en la mano una almohadilla de labrar donde había clavados infinidad de menudos alfileres.

—¡Hola!

—¿Hola, Carmela, andas con la labor á vuel-tas? pues es día de misa.

—Por eso me da rabia...—contestó la mucha-cha pálida, que hablaba con cierto ceceo, pro-pio de los puertecitos de mar en la provincia de Marineda.

—Sal un poco, mujer... vente conmigo.

—Hoy... ¡quién puede! Hay un encargo... diez y seis varas de puntilla para una señora del ba-rrio de Arriba... El martes se ha de entregar sin falta.

Carmela se sentó otra vez, con su almohadilla en el regazo, mientras los hombros de Amparo se alzaban entre compasivos é indiferentes, como si murmurasen:—“Lo de costumbre.”— Apartóse de allí: sus piés descendieron con suma agilidad la escalinata de la plaza de Abas-tos, llena á la sazón de cocineras y vendedo-ras; y enhebrándose por entre cestas de galli-nas, de huevos, de quesos, salió á la calle de San Efrén, y luego al atrio de la iglesia, donde se detuvo deslumbrada.

Cuanto lujo ostenta un domingo en una capi-tal de provincia, se veía reunido ante el pórti-co, que las gentes cruzaban con el paso majes-tuoso de personas bien trajeadas y compuestas, gustosas de ser vistas y mutuamente resueltas á respetarse y no repartir empellones. Hacían las señoras aguardando su turno, empave-sadas y solemnes, con mucha mantilla de blan-da, mucho devocionario de canto dorado, mu-cho rosario de oro y nácar, las madres vestidas de seda negra, las niñas casaderas de colorí-

nes vistosos. Al llegar á los postigos que más allá del pórtico daban entrada á la nave, había crujidos de enaguas almidonadas, blandos em-pellones, codazos suaves, respiración agitada de damas obesas, cruces de rosarios que se en-ganchaban en un encaje ó en un fleco, frases de miel con su poco de vinagre, como “¡Ay! V. dis-pense... A mí me empujan, señora, por eso yo... No tire V. así, que se romperá el adorno... Perdone V....”

Deslizóse Amparo entre el grupo de la buena sociedad marinedina, y se introdujo en el tem-plo. Hacia el presbiterio se colocaban las seño-ritas, arrodilladas con estudio, á fin de no arru-garse los trapos de cristianar, y como tenían la cabeza baja, veíanse blanquear sus nu-cas, y alguna estrecha suela de elegante botina re-mangaba los pliegues de las faldas de seda. El centro de la nave lo ocupaba el piquete y la banda de música militar en correcta formación. A ambos lados, filas de hombres que miraban al techo ó á las capillas laterales, como si no supiesen qué hacer de los ojos. De pronto lució en el altar mayor la vislumbre de oro y colores de una casulla de tisú; quedó el concurso en mayor silencio; las damas alzaron sus libros en las enguantadas manos, y á un tiempo mur-muró el sacerdote *Introibo*, y rompió en sono-ro acorde la charanga, haciendo oír las profa-nas notas de *Traviatta*, cabalmente los compa-ses ardientes y febriles del duo erótico del pri-mer acto. El son vibrante de los metales añadía intensidad al canto, que, elevándose amplio y

nutrido hasta la bóveda, bajaba después á extenderse, contenido, pero brioso, por la nave y el crucero, para cesar de repente al alzarse la hostia; cuando esto sucedió, la Marcha Real, poderosa y magnífica, brotó de los marciales instrumentos, sin que á intervalos dejase de escucharse en el altar el misterioso repiqueteo de la campanilla del acólito.

A la salida, repetición de desfile; junto á la pila se situaron tres ó cuatro de los que ya no se llamaban *dandys*, ni todavía *gomosos*, sino *pollos* y *gallos*, haciendo ademán de humedecer los dedos en agua bendita, y tendiéndolos bien enjutos á las damiselas para conseguir un fugaz contacto de guantes vigilado por el ojo avizor de las mamás. Una vez en el pórtico, era lícito levantar la cabeza, mirar á todos lados, sonreír, componerse furtivamente la mantilla, buscar un rostro conocido y devolver un saludo. Tras el deber, el placer; ahora la selecta multitud se dirigía al paseo, convidada de la música y de la alegría de un benigno domingo de Marzo, en que el sol sembraba la regocijada atmósfera de átomos de oro y tibios efluvios primaverales. Amparo se dejó llevar por la corriente, y presto vino á encontrarse en el paseo.

No tenía entonces Marineda el parque inglés que, andando el tiempo, hermojó su recinto; y *las Filas*, donde se daban vueltas durante las mañanas de invierno y las tardes de verano, eran una estrecha acera, baldosada de granito, de una parte guarnecida por alta hilera

de casas, de otra por una serie de bancos que coronaban toscas estatuas alegóricas de las estaciones y de las virtudes, mutiladas y privadas de manos y narices por la travesura de los muchachos. Sombreaban los asientos acacias de tronco enteco, de clorótico follaje (cuando Dios se lo daba), sepultadas entre piedra por todos lados, como prisionero en torre feudal. A la sazón carecían de hojas, pero la caricia abrasadora del sol impelia á la savia á subir y las yemas á hincharse. Las desnudas ramas se recortaban sobre el limpio matiz del firmamento, y á lo lejos el mar, de un azul metálico, como empavonado, reposaba, viéndose inmóviles las jarcias y arboladura de los buques surtos en la bahía, y quietos hasta los impacientes gallardetes de los mástiles. Ni un soplo de brisa, ni nada que turbase la apacibilidad profunda y soñolienta del ambiente.

Caído el pañuelo y recibiendo á plomo el sol en la mollera, miraba Amparo con gran interés el espectáculo que el paseo presentaba. Señoras y caballeros giraban en el corto trecho de *las Filas*, á paso lento y acompasado, guardando escrupulosamente la derecha. La implacable claridad solar azuleaba el paño negro de las relucientes levitas, suavizaba los fuertes colores de las sedas, descubría las menores imperfecciones de los cutis, el salseo de los guantes, el sitio de las antiguas puntadas en la ropa reformada ya. No era difícil conocer al primer golpe de vista á las notabilidades de la ciudad; una fila de altos sombreros de felpa, de bas-

tones de roten ó concha con puño de oro, de gabanes de castor, todo llevado por caballeros proveectos y seriotos, revelaba claramente á las autoridades, regente, magistrados, segundo cabo, gobernador civil; seis ó siete pantalones gris perla, pares de guantes claros y flamantes corbatas denunciaban á la dorada juventud; unas cuantas sombrillas de raso, un ramillete de vestidos que trascendían de mil leguas á importación madrileña, indicaban á las dueñas del cetro de la moda. Las gentes pasaban, y volvían á pasar, y estaban pasando continuamente, y á cada vuelta se renovaba la misma procesión por el mismo orden.

Un grupo de oficiales de infantería y caballería ocupaba un banco entero, y el sol parecía concentrarse allí, atraído por el resplandor de los galones y estrellas de oro, por los pantalones rojo vivo, por el relampagueo de las vainas de sable y el hule reluciente del casco de los roses. Los oficiales, gente de buen humor y jóvenes casi todos, reían, charlaban y hasta jugaban con un enjambre de elegantes niñas, que ni la mayor sumaría doce años, ni la menor bajaba de tres. Tenían á las más pequeñas sentadas en las rodillas, mientras las otras, de pié y con unos atisbos de timidez y pudor femenino, no osaban acercarse mucho al banco, haciendo como que platicaban entre sí, cuando realmente sólo atendían á la conversación de los militares. Al otro extremo del paseo se oyó entonces un grito conocidísimo de la chiquillería.

—Barquilleeeeé...

—Batilos... á mí batilos—chilló al oírlo una rubilla carrilluda, que cabalgaba en la pierna izquierda de un capitán de infantería portador de formidables mostachos.

—Nisita, no seas fastidiosa; te llevo á mamá —amonestó una de las mayores con gravedad imponente.

—Pué teo batilos, batiilos—berreó descompasadamente la rubia, colorada como un pavo y apretando sus puñitos.

—Tiene V. razón, señorita —dijole risueño un alférez de linda y adamada figura. al ver que el angelito pateaba y hacía pucheros para romper á llorar.—Espérese V., que habrá barquillos. Llamaremos á ese digno industrial... Ya viene hacia acá. V., Borrén—añadió, dirigiéndose al capitán—¿quiere V. darle una voz?

—¡Eh... chsss! ¡Barquilleeeero!—gritó el capitán mostachudo, sin notar que el círculo de las grandecitas se reía de su ronquera crónica. No obstante la cual, el señor Rosendo le oyó, y se acercaba, derrengado con el peso de la caja, que depositó en el suelo delante del grupo. Se oyeron como píos y aleteos, el ruido de una canariera cuando le ponen alpiste, y las chiquillas corrieron á rodear el tubo, mientras las grandes se hacían las desdenosas, cual si las humillase la idea de que á su edad las convidaran á barquillos. Inclínada la rubia pedigüña sobre la especie de ruleta que coronaba la caja de hoja de lata, impulsaba con su dedito la aguja, chillando de regocijo cuando se detenía en un número, ya ganase, ya perdiese. Su júbilo rayó

en paroxismo al punto que, tendiendo la mano abierta, encima de cada dedo fué el señor Rosendo calzándole una torre de barquillos: quedóse extasiada mirándolos, sin atreverse á abrir la boca para comérselos.

Estando en esto, el alférez volvió casualmente la cabeza y divisó al otro lado de los bancos un rostro de niña pobre, que devoraba con los ojos la reunión. Figuróse que sería por antojo de barquillos, y la hizo una seña, con ánimo de regalarle algunos. La muchacha se acercó, fascinada por el brillo de la sociedad alegre y juvenil; pero al entender que la convidaban á tomar parte en el banquete, encogióse de hombros y movió negativamente la cabeza.

—Bien harta estoy de ellos—pronunció con desdén.

—Es *la hija*—explicó sin manifestar sorpresa el barquillero, que embolsaba la calderilla y bajaba el hombro para ceñirse otra vez la correa.

—Por lo visto, eres la señorita de Roséndez—murmuró el alférez en son de broma.—Vamos, Borrén, V. que es animado, dígame algo á esta pollita.

El de los mostachos consideraba á la reciénvenida atentamente, como un arqueólogo miraría un ánfora acabada de encontrar en una excavación. A las palabras del alférez contestó con ronco acento:

—Pues vaya si le diré, hombre. Si estoy reparando á esta chica, y es de lo mejorcito que se pasea por Marineda. Es decir, por ahora está

sin formar, ¿eh?—Y el capitán abría y cerraba las dos manos como dibujando en el aire unos contornos femeniles.—Pero yo no necesito verlas cuando se completan, hombre; yo las huelo antes, amigo Baltasar. Soy perro viejo, ¿eh? Dentro de un par de años...—Y Borrén hizo otro gesto expresivo, cual si se relamiese.

Miraba el alférez á la muchacha, y admirábase de las predicciones de Borrén: es verdad que había ojos grandes, pobladas pestañas, dientes como gotas de leche; pero la tez era cetrina, el pelo embrollado semejaba un felpudo, y el cuerpo y traje competían en desaliño y poca gracia. Con todo, por seguir la broma, hizo el alférez que asentía á la opinión del capitán, y pronunció:

—Digo lo que el amigo Borrén: esta pollita nos va á dar muchos disgustos...

Los oficiales se echaron á reír, y Amparo á su vez se fijó en el que hablaba, sin comprender al pronto sus frases.

—Cosas de Borrén... Ese Borrén es célebre—exclamaron con algazara los militares, á quienes no parecía ningún prodigio la chiquilla.

—Repáren Vds., señores—siguió el alférez;—la chica es una perla; dentro de dos años nos mareará á todos. ¿Qué dices tú á eso, señorita de Roséndez? Por de pronto, á mí me ha desairado no aceptando mis barquillos... Mira, te convido á lo que quieras, á dulces, á jerez... pero con una condición.

Amparo enrollaba las puntas del pañuelo sin dejar de mirar de reojo á su interlocutor. No

era lerda, y recelaba que se estuviesen burlando; sin embargo, le agradaba oír aquella voz y mirar aquel uniforme refulgente.

—¿Aceptas la condición? Lo dicho, te convidó... pero tienes que darme algo tú también: me darás un beso.

Soltaron la carcajada los oficiales, ni más ni menos que si el alférez hubiese proferido alguna notable agudeza; las niñas grandecitas se volvieron haciendo que no oían, y Amparo, que tenía sus pupilas oscuras clavadas en el rostro del mancebo, las bajó de pronto, quiso disparar una callejera fresca, sintió que la voz se le atasca en la laringe, se encendió en rubor desde la frente hasta la barba, y echó á correr como alma que lleva el diablo.

IV

QUE LOS TENGA MUY FELICES

SE ha mudado la decoración; ha pasado casi un año; corre el mes de Enero. No llueve; el cielo está aborregado de nubes lívidas que presagian tormenta, y el viento costeano, redondo, giratorio como los ciclones, arremolina el polvo, los fragmentos de papel, los residuos de toda especie que deja la vida diaria en las calles de una ciudad. Parece como si se hubiesen asociado vendaval y cierzo: aquél para aullar, soplar, mugir; éste para herir los semblantes con finísimos picotazos de aguja, colgar gotitas de fluxión en las fosas nasales, azulear las mejillas y enrojecer los párpados. En verdad que con semejante tiempo los Santos Reyes, que caballeros en sus dromedarios venían desde el misterioso país de la luz, atravesando la Palestina, á saludar al Niño, debieron notar que se les helaban las manos, llenas de incieso y mirra, y subir más que á paso la esclavina de aquellas dulletas de armiño y púrpura con que los representan los pintores. A falta de esclavina, los marinedinos alzaban

cuanto podían el cuello del gabán ó el embozo de la capa. Es que el viento era frío de veras, y, sobre todo, incómodo; costaba un triunfo pelear con él. Entrábase por las bocacalles, impetuoso y arrollador, bufando y barriendo á las gentes, á manera de fuele gigantesco. En el páramo de Solares, que separa el barrio de Arriba del de Abajo, pasaban lances cómicos; capas que se enrollaban en las piernas y no dejaban andar á sus dueños, enaguas almidonadas que se volvían hacia arriba con fieros estallidos, aguadores que no podían con la cuba, curiales á quienes una ráfaga arrebatava y dispersaba el protocolo, señoritos que corrían diez minutos tras de una chistera fugitiva que, al fin, franqueando de un brinco el parapeto del muelle, desaparecía entre las agitadas olas... Hasta los edificios tomaban parte en la batalla: aullaban los canalones, las fallabas de las ventanas temblaban, retemblaban los cristales de las galerías, coreando el duo de bajos, profundo, amenazador y temeroso, entonado por los dos mares, el de la bahía y el del Varadero. Tampoco estaban ellos para bromas.

En cambio, celebrábase gran fiesta en una casa de ricos comerciantes del barrio de Abajo: la de *Sobrado Hermanos*. Era el santo de Baltasar, único vástago masculino del tronco de los Sobrados, y cuando más diabluras hacía fuera el viento, circulaban en el comedor los postres de una pesada comida de provincia en que el gusto no había proporcionado la abundan-

cia. Sucediéronse, plato tras plato, los cebados capones, manidos y con amarilla grasa; el pavo relleno; el jamón en dulce con costra de azúcar tostado; las natillas, con arabescos de canela, y la tarta, el indispensable ramillete de los días de días, con sus cimientos de almendras, sus torres de piñonate, sus cresterías de caramelo y su angelote de almidón ejecutando una pirueta con las alas tendidas. Ya se aburrían los grandes de estar en la mesa; no así los niños. Ni á tres tirones se levantarían ellos, cabalmente en el feliz instante en que era lícito tirarse confites, comer con los dedos, hacer, de puro ahitos, mil porquerías y comistrajos con su ración. Todo el mundo les dejaba alborotar; era el momento de la desbandada; se habían pronunciado brindis y contado anécdotas con mayor ó menor donaire; pero ya nadie tenía ánimos para sostener la conversación, y el Sobrado tío, que era grueso y abotargado, se abanicaba con la servilleta. Levantó la sesión el ama de casa, Doña Dolores, diciendo que el café estaba dispuesto en la sala de recibir.

En ésta se habían prodigado las luces; dos bujías á los lados del piano vertical, sobre la consola; en los candelabros de zinc, otras cuatro de estearina rosa, acanaladas; en el velador central, entre los álbumes y estereóscopos, un gran quinqué con pantalla de papel picado. Iluminación completa. ¡Es que por Baltasar echaban gustosos los Sobrados la casa por la ventana, y más ahora que le veían de uniforme,

tan lindo y galán mozo! A la fiesta habían sido convidados todos los íntimos: Borrén, otro alférez llamado Palacios, la viuda de García y sus niñas, de las cuales la menor era Nisita, la rubia de los barquillos, y, por último, la maestra de piano de las hermanas de Baltasar. La velada se organizó, mejor dicho, se desordenó gratuitamente en la sala; cada cual tomó el café donde mejor le plugo. Doña Dolores y su cuñado, que resoplaba como una foca, se apoderaron del sofá para entablar una conferencia sobre negocios; Sobrado, el padre, fumaba un puro del estanco, obsequio de Borrén, y saboreaba su café, aprovechando hasta el del platillo. La niña mayor de García, Josefina, se sentó al piano, después de muyrogada, y entre cien remilgos, dió principio á una fantasía sobre motivos de Bellini; Baltasar se colocó á su lado para volver las hojas, mientras sus hermanas gozaban con las gracias de Nisita, que roía un trozo de piñonate; manos, hocico y narices, todo lo tenía empeguntado de almíbar moreno.

—¡Estás bonita!—exclamaba Lola, la mayor de Sobrado.—¡Puerca, babada, te quedarás sin dientes!

—No me impies—chillaba el angelito;—no me impies... voy á chucharme ota ves.—Y sacaba de la faltriquera un adarve del castillo de la tarta.

—¿Ha visto V. qué día?—preguntaba Borrén á la viuda de García, que bien quisiera dejar de serlo.—Una garita ha derribado el viento; por mas señas que cayó sobre el centinela, ¿eh? y

á poco le mata. Y V., ¿cómo se vino desde su casa?

—¡Jesús... puede V. figurarse! Con mil apuros... Yo no sé cómo me arreglé para sujetar la ropa... y así y todo...

—¡Quién estuviera allí! Ya conozco yo alguno...

—¡Jesús... no sé para qué!

—Para admirar un pié tan lindo... y para darle el brazo, ¡hombre!, á fin de que el viento no se la llevase.

Juzgó la viuda que aquí convenía fingirse distraída, y cogió el estereóscopo, mirando por él la *Fachada de las Tullerías*. Del piano saltó entonces un *allegro vivace*, con muchas octavas, y el tecleo cubrió las voces... sólo se oyeron fragmentos del diálogo que sostenían la agria voz de Doña Dolores y la voz becerril de su cuñado.

—La fábrica, bien... de capa caída... las hipotecas... al ocho... Liquidaron con el socio... la competencia...

—Josefinita—gritó la viuda á la pianista—¿qué haces, niña? ¿No te encargó Doña Hermitas que pusieses el pedal en ese pasaje?

—Y lo pone—intervino la maestra de piano; pero debía ser desde el compás anterior... A ver, ¿quiere V. repetir desde ahí... sol, la, do, la, do...

—¡Lo hace hoy... Jesús, qué mal! ¡Por lo mismo que hay gente!—murmuró la madre.—Cuando está sola, aunque embrolle...

—Pues yo bien vuelvo las hojas; en mí no consiste—dijo risueño Baltasar.—Y debe V. es-

merarse, pollita, que estoy de días, y Palacios la oye á V. boquiabierto y entusiasmado.

—¡Bueno!—gritó la mujercita de trece años, suspendiendo de golpe su *fantasia*. Me están Vds. cortando... ea, ya no sé poner los dedos. Como no aprendí la pieza de memoria, y este papel no es el mío... Voy á tocar otra cosa.

Y echando atrás la cabeza y á Baltasar una mirada fugaz, arrancó del teclado los primeros compases de mimosa habanera. La melodía comenzaba soñolienta, perezosa, yámbica; después, de pronto, tenía un impulso de pasión, un nervioso salto; luego tornaba á desmayarse, á caer en la languidez criolla de su ritmo desigual. Y volvía monótona, repitiendo el tema, y la mujercita, que no sabía interpretar la página clásica del maestro italiano, traducía en cambio á maravilla la enervante molicie amorosa, los poemas incendiarios que en la habanera se encerraban. Josefina, al tocar, se cimbreaba levemente, cual si bailase, y Baltasar estudiaba con curiosidad aquellos tempranos coqueteos, inconscientes casi, todavía candorosos, mientras tarareaba á media voz la letra:

« Cuando en la noche la blanca luna... »

Diríase que fuera había aplacado la ventolina, pues los goznes de las ventanas ya no gemían, ni temblaban los vidrios. Mas de improviso se

escuchó un derrumbamiento, un fragor como si el cielo se desfondase y sus cataratas se abriesen de golpe. Lluvia torrencial que azotó las paredes, que inundó las tejas, que se precipitó por los canalones abajo, estrellándose en las losas de la calle. En la sala hubo un instante de sorpresa; Josefina interrumpió su habanera, Baltasar se aproximó á la ventana, la viuda soltó el estereoscopio, y á Nisita se le cayó de las manos el piñonate. Casi al mismo tiempo, otro ruido que subía del portal vino á dominar el ya formidable del aguacero; una algarabía, un *chascarrás* desapacible, unas voces cantando destempladamente con acompañamiento de panderos y castañuelas. Saltaron alborotadas las chiquillas, con Nisita á la cabeza.

—Ya están ahí esas holgazanas—dijo ásperamente Doña Dolores.—Anda, Lola—añadió dirigiéndose á su hija mayor:—á Juana que las eche del portal, que lo ensuciarán.

—Mamá... ¡lloviendo tanto!—suplicó Lola.— ¡Parece no sé qué decirles que se vayan! ¡Se pondrán como sopas! ¿No oye V. que el cielo se hunde?

—¡Es que eres tonta!—pronunció con rabia la madre.—Si las dejas tocar ahí, después no hay remedio sino darles algo á esas pérdidas...

—¿Qué importa, mamá?—intervino Baltasar.—Hoy es mi santo.

—¡Que suban, que suban á cantar los Reyes!—gritó unánime la concurrencia menor de tres lustros.

33688

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTERREY, MEXICO

—Te uban... Batasal, te uban, te uban—be-
rreó Nisita cruzando sus manos pringosas.

— Que suban, hombre, veremos si son gua-
pas—confirmó Borrén.

Lola de esta vez no necesitó que le reitera-
sen la orden. Ya estaba bajando las escaleras
dos á dos.

V

VILLANCICO DE REYES

No tardaron en resonar pisadas en el corre-
dor; pisadas tímidas y brutales á la vez, de
piés descalzos ó calzados con zapatos rudos. Al
mismo tiempo las panderetas repicaban débil-
mente y las castañuelas se entrechocaban bajito
como los dientes del que tiene miedo... Doña
Dolores se incorporó con el entrecejo desapa-
ciblemente fruncido.

—Esa Lola... ¡Pues no las trae aquí mismo!
¿Por qué no las habrá dejado en la antesala?
¡Bonita me van á poner la alfombra! ¡A ver si
os limpiáis las suelas antes de entrar!

Hizo irrupción en la sala la orquesta calleje-
ra; pero al ver las niñas pobres la claridad del
alumbrado, se detuvieron azoradas, sin osar
adelantarse. Lola, cogiendo de la mano á la que
parecía capitanear el grupo, la trajo, casi á la
fuerza, al centro de la estancia.

—Entra, mujer... que pasen las otras... A ver
si nos cantáis aquí los mejores villancicos que
sepáis.

Lo cierto es que la viva luz de las bujías, tan